

# rousseau: contrato social y democracia

• ARGENTINO MOYANO COUDERT S. J.

**E**N un intento de valoración de las concepciones democráticas roussonianas se impone, pues, como tarea previa, una labor de esclarecimiento del contenido del concepto de democracia. Todos hablan de democracia en nuestros días, cada uno le atribuye un significado y contenido diverso. Si cada uno persiste en atribuir a la palabra democracia el sentido que le place, la confusión de Babel se nos renueva fatalmente. Si no hemos renunciado definitivamente a entendernos sobre el fondo de las cosas, es menester

ponernos de acuerdo sobre el significado que atribuimos a las palabras.

- *NECESIDAD DE ESCLARECER  
EL CONCEPTO DE  
DEMOCRACIA*

Liberalismo y neoliberalismo, socialismo y comunismo marxista, individualismos y colectivismos de los más diversos tonos, se presentan a sí mismos como democráticos. Cada una de estas posiciones puede alegar su favor no solo una serie

de argumentos teóricos, —éticos y políticos,— sino también un largo proceso de desarrollo histórico para justificar su título de democrático. A tal punto hemos llegado que ya no sabemos a qué atenernos, ni qué se nos quiere decir, cuando se nos habla de democracia. El contenido político del término, no solo se ha enriquecido y diversificado, sino que se ha flexionado llegando a significar sistemas y concepciones opuestas y antagónicas.

La confusión y plurivalencia del concepto no nos asombra. Ha surgido y se ha desarrollado en Occidente Moderno como concepto polémico y revolucionario. Usado en las luchas políticas como argumento polémico y reivindicatorio. El problema de la democracia se ha planteado a los más diversos niveles y ha sido desarrollado en contrapuestas direcciones según convenía concretar y circunstanciadas militancias políticas. En la historia de los movimientos y del pensamiento político es notoria la parcialidad y unilateralidad con que ha sido manejado el concepto de democracia. Se ha dado como esencia suya aspectos que a veces se apoyan; a veces, se destruyen mutuamente: ¿soberanía del pueblo o libertad del pueblo? ¿Gobierno de las mayorías o respeto sagrado a las minorías? ¿Participación en el poder o limitación del poder?

No existe "la democracia", sino diversas concepciones democráticas. No existe la democracia en abstracto, sino diversas democracias concretas y determinadas. Existe una democracia griega y una democracia romana, una democracia inglesa y una democracia francesa, una democracia liberal y una democracia marxista, una democracia individualista y una democracia social. Cada una de ellas se ha presentado estrechamente ligada a una

concepción filosófica del hombre y de la sociedad. La democracia como sistema y técnica política puede estar al servicio de muy diversas ideologías y vinculada a distintas concepciones filosóficas. La democracia como técnica del poder ha podido fundamentarse en todas ellas. Las metafísicas a qué responde cada una de las democracias históricas pueden parecernos aceptables o no. Pero no por esto le podemos negar el carácter de democracia políticas. La democracia griega reposaba en el supuesto de la división de la sociedad en dos clases de hombres: hombres libres y hombres esclavos. El supuesto es éticamente inadmisible, pero políticamente era una verdadera democracia. Respondía a otra concepción de "pueblo".

Importa, hablando de democracia, separar cuidadosamente lo que en ella es doctrina y técnica del poder político, de lo que es filosofía del hombre. Políticamente, mientras el pueblo gobierne en alguna forma estamos frente a una democracia. "Gobierno del pueblo por el pueblo". No dice más en su concepto la democracia. No dice quiénes, ni cómo, se constituye el pueblo político, ni cómo gobierna el pueblo. El pueblo de la democracia ateniense estaba constituido por unos pocos miles de hombres libres que dominaban a trescientos mil esclavos; el pueblo de la democracia inglesa ha sido durante siglos un grupo de familias social y económicamente dominantes; el pueblo de la Revolución Francesa era el tercer estado; el pueblo de la democracia marxistas es el proletariado, hecho conciencia en el partido. ¿Cómo gobierna el pueblo? Rousseau no concebía como democrático sino un gobierno directo del pueblo; las modernas democracias occi-

dentales lo conciben como un confiar mediante elecciones la gestión política y como una capacidad de influir en los actos del gobierno. Existe una variedad casi infinita de concepciones del "pueblo" y otra variedad no menos matizada de formas según las cuales el pueblo puede ser asociado al ejercicio o control del poder político. Todas estas formas pueden reclamar para sí el título de democracia, pero ninguna puede reclamarlo con exclusividad.

Cada democracia histórica se presenta ligada a una concepción determinada del hombre de la cual se nutre. Es esto lo importante en cada concepción de la democracia. En occidente moderno se presenta indisolublemente unida a una concepción del hombre persona, del hombre libertad. Como búsqueda y estructuración de un orden de convivencia fundado en la dignidad humana; como una sistematización de las relaciones de poder fundada en la libertad. Más que una forma de gobierno o una técnica política es una filosofía del hombre y de la sociedad. Casi una esperanza de un orden de convivencia social que ofrezca plenitud de posibilidades para la realización responsable y digna del ser humano. Más que la mera forma política importa la concepción humana que la subtiende, el dinamismo que la anima. Más que una realidad institucional, es una "creencia", dirían los tratadistas de ciencia política.

En consecuencia, para occidente, la democracia, si bien excluye como ilegítimo todo poder que no provenga directa o indirectamente del pueblo como cuerpo político, excluye también todo poder, que aún proviniendo del pueblo, se muestre irrespetuoso de la dignidad humana y no reconozca la libertad como fundamento

de las relaciones políticas. La democracia se concibe por oposición al poder absoluto, despótico o arbitrario que desconoce la libertad humana, por oposición a totalitarismos o colectivismos que pretenden negar el destino responsable y personal del ser humano. Por más que el poder despótico o totalitario, o el colectivismo, se presente fundamentándose en el poder o la voluntad del pueblo. Toda democracia auténtica se traduce como gobierno de mayoría; pero en occidente no llamamos democrático al gobierno de una mayoría que desconoce u oprime los derechos de las minorías. No se reconoce este nombre a ningún régimen que teórica o prácticamente atente contra la libertad humana fundamental y su proyección en el orden de la convivencia ciudadana.

Tal es la polivalencia del concepto de democracia. Importa para evitar confusiones, determinar cuidadosamente los planos y niveles en que el problema se presenta. De no hacerlo, la confusión existente se torna indescifrable y corremos el riesgo de no entendernos.

Pasemos a considerar sumariamente el contenido del Contrato Social y su concepción de la democracia. Y también a esbozar sobre ella una valoración ético-política.

### • LA DEMOCRACIA SEGUN ROUSSEAU

El concepto roussoniano de democracia sólo puede ser captado atendiendo claramente a su distinción entre soberano, gobierno, ciudadano y súbdito. De acuerdo al Contrato Social no existe ni puede existir otro soberano que el cuerpo político



—los ciudadanos que se reúnen para signar el pacto social que da origen al cuerpo político y los que por dinámica histórica van siendo asimilados a este pacto cuando está vigente en una sociedad—. Su órgano de manifestación está constituido por la asamblea del pueblo y en quien reside con exclusividad irrenunciable la potencia legisladora.

El gobierno está constituido por la persona o grupo de personas a quienes el soberano —la asamblea del pueblo—, confía la función y potencia ejecutiva, encargada de la ejecución de las leyes, de la protección de la libertad y de la administración pública. Constituye un ser intermedio entre el soberano y los súbditos. Recibe del cuerpo soberano las órdenes que trasmite al pueblo. Activo respecto a los súbditos, es pasivo respecto al cuerpo soberano. En su nombre ejerce el poder que puede ser modificado, limitado, reasumido por el cuerpo político soberano cuando a éste le plazca. El gobierno, pues, simple depositario de una autoridad conferida por el poder soberano. Los magistrados son funcionarios, sin autoridad propia, obligados a obedecer las órdenes de soberanos y destituibles a juicio de la voluntad general manifestada en la asamblea del pueblo.

Ciudadanos son los miembros del cuerpo político en cuanto partícipes activos de la asamblea soberana del pueblo y a quienes corresponde una parte de su autoridad soberana. Súbditos son los mismos miembros del cuerpo político, no ya como integrantes de la asamblea soberana, sino en cuanto como individuos singulares están sometidos y obligados a acatar y obedecer las resoluciones de la voluntad general manifestada en la asamblea, en ma-

nos de la cual han enajenado absolutamente sus derechos naturales y cuyo poder no conoce límites. Y en cuanto obligados a acatar las disposiciones de los gobiernos constituidos por la asamblea.

El Contrato Social da como doctrina absoluta que en cualquier régimen político legítimo la soberanía pertenece al pueblo reunido en cuerpo político y se expresa por su asamblea. Esta soberanía sin límites, es órgano de la voluntad general cuya manifestación es la ley. El pacto social de nacimiento al cuerpo político; la ley le da vida y movimiento. Fuera de la asamblea no hay otro órgano legislativo; legislar es siempre función del pueblo. El contrato Social da por asentado que la soberanía, y su ejercicio activo pertenece siempre al pueblo, pero no llama a esto democracia.

La soberanía en la concepción roussoniana es irrenunciable y no puede ser representada. Siendo la soberanía el ejercicio de la voluntad general "jamás podrá enajenarse". "El soberano, que es un ser colectivo, no puede ser representado sino por sí mismo. Al soberano, —pueblo reunido en asamblea—, le corresponde declarar la voluntad general, estatuir la forma de gobierno que tenga por conveniente, designar la persona o personas que deben ejercer el gobierno. Puede, pues transmitir el ejercicio del poder ejecutivo, pero no enajenar su soberanía que es fuente del poder. Ni puede ejercerse mediante representantes. "Tan pronto como un pueblo se da representantes, deja de ser libre y de ser pueblo". "El pueblo inglés piensa que es libre y se engaña. Lo es solamente durante la elección de los miembros del parlamento. Tan pronto como estos son elegidos, vuelve a ser esclavo".

Al pueblo le corresponde siempre e irrenunciablemente, el ejercicio activo de la soberanía, que se traduce como capacidad legislativa y como capacidad de organizar, confiar, controlar y remover gobiernos. Al comenzar las asambleas del pueblo, que deben ser periódicas y no necesitan convocatoria formal, deben hacerse siempre dos proposiciones fundamentales "que no pueden nunca suprimirse y por las cuales debe votarse separadamente": "si es voluntad del cuerpo soberano conservar la forma vigente de gobierno", "si place al pueblo dejar la administración del gobierno a los actuales encargados de ella". Existe, en consecuencia siempre, una facultad absoluta del pueblo para organizar, confiar, controlar al gobierno, para cambiar las estructuras gubernamentales, para confirmar o remover a los magistrados. Pero tampoco a esto llama democracia el Contrato Social.

La soberanía que detenta el cuerpo político es absoluta. "El pacto social da al cuerpo político un poder absoluto sobre sus miembros". Sus cláusulas, bien entendidas "se reducen a una sola: enajenación total de cada asociado con todos sus derechos a la comunidad entera" . . . "enajenación sin reservas . . . sin que ningún asociado tenga nada que reclamar". A través de este pacto social "se cambia la libertad natural por la civil", "la independencia individual por la libertad". "La soberanía no tiene ninguna necesidad de dar garantías a los súbditos". "El soberano por la sola razón de serlo, es siempre lo que debe ser". Estamos frente a la concepción más absolutista y totalitaria del poder político, en que los derechos y la libertad de los individuos y la dignidad de la persona quedan en absoluto subor-

dinados a una entidad colectiva cuyo poder no reconoce fronteras. Su poder llega hasta el establecimiento de una religión civil y a la facultad de castigar con el destierro a quien no la profese, y con la muerte a quien, después de haber reconocido sus dogmas, se conduce como si no creyese en ellos. Defiende el Contrato Social la línea que han seguido todos los totalitarismos. Pero según su concepción nada tiene esto de antidemocrático con tal de estar respaldado por la voluntad popular interpretada por la mayoría de la asamblea del pueblo.

¿Qué es entonces, la democracia para Rousseau? El problema de la democracia en el Contrato Social se plantea a un nivel distinto del que estamos acostumbrados a considerarlo en occidente: el de la mera atribución y ejercicio de la potestad ejecutiva, del "gobierno" en el sentido restringido del término.

### • DEMOCRACIA Y PODER EJECUTIVO

El poder soberano reside siempre, según el Contrato Social, en el pueblo considerado colectivamente y en cuerpo. Se constituye en cuanto los hombres, abandonando su estado natural, se reúnen para formar cuerpo político mediante el pacto social. El pacto social origina un poder absoluto que absorbe toda autonomía y libertad natural. Entre las atribuciones de este cuerpo político, a quien con exclusividad pertenece la legislación, se encuentra la de establecer una potencia ejecutiva encargada de la aplicación de las leyes y de la administración pública. A este nivel, el de la atribución de la potencia ejecu-



tiva, del "gobierno", según la terminología del Contrato, se coloca el problema de la democracia.

La asamblea del pueblo puede confiar esta potencia ejecutiva, o bien a un único magistrado de quien los demás reciben el poder, y estamos frente a la monarquía. O bien puede depositarlo en manos de los menos, de un pequeño grupo, y estamos en presencia de la aristocracia. O bien puede reservarse a sí misma esta potencia ejecutiva, o confiarla a la mayoría de su asamblea: "a esta forma de gobierno se da el nombre de democracia". Bien entendido, que cualquiera sea la forma en que se establece el "gobierno", el poder supremo permanece en el cuerpo político, cuyas órdenes y leyes debe acatar y transmitir a los súbditos, y a cuyo control, confirmación, remoción o restructuración está en todo momento sometido.

La democracia, así entendida, como gobierno de todo el pueblo, o de la mayoría de su asamblea, tiene una ventaja aparente: "el autor de la ley sabe mejor que nadie cómo debe ser ejecutada e interpretada". La ventaja es puramente aparente, porque "no es concebible que el pueblo permanezca incesantemente reunido para ocuparse de los negocios públicos". Además, un gobierno democrático supondría "cosas difíciles de reunir": un Estado muy pequeño donde cada ciudadano conozca a los demás; gran sencillez de costumbres que facilite el acuerdo y la discusión de los negocios; mucha igualdad de rangos y de bienes, "sin la cual la igualdad de derechos y de autoridad no podría subsistir largo tiempo". Asimismo, "no hay gobierno que esté tan sujeto a las guerras civiles y a las agitaciones internas como el democrático popular" porque ninguno

como él tiende tan continuamente a cambiar de forma.

Reconociendo las excelencias teóricas de un gobierno democrático el Contrato Social lo rechaza por irrealizable, dados sus difíciles presupuestos prácticos. "Si existiera un pueblo de dioses se gobernaría democráticamente. Un gobierno tan perfecto no conviene a hombres". "Lo mejor y lo más natural es que los más sabios gobiernen a las multitudes".

Tal es el concepto roussoniano de democracia. Lo que la caracteriza no es, según nosotros lo consideramos modernamente, la atribución de la soberanía al pueblo —y su ejercicio efectivo mediante una u otra forma— sino la atribución al pueblo de la potencia ejecutiva. En este plano coloca Rousseau la división de las formas políticas.

## • VALORACION

¿Qué juicio nos merece las doctrinas y el sistema político propugnados en el Contrato Social? Dado que Rousseau es considerado como uno de los padres y grandes pensadores de las modernas democracias, ¿hasta dónde sus doctrinas políticas son dignas de este nombre?

Si consideramos la democracia en el plano estrictamente político, como sistema y técnica de fundamentar y organizar la convivencia ciudadana y el poder político, reconociendo en el pueblo el origen de la autoridad, atribuyéndole activamente la soberanía y su ejercicio, como capacidad de estructurar órdenes políticos, constituir gobiernos y controlar el ejercicio del poder, como capacidad de concurrir a la formación de las leyes, el sistema contenido en el Contrato Social

constituye una verdadera democracia, por más que Rousseau no admitiría esta denominación. Atribución de la soberanía al pueblo, gobierno del pueblo por el pueblo, participación del pueblo en el poder, capacidad efectiva de control popular de los gobernantes, identificación entre gobernantes y gobernados, cualquiera sea la noción de democracia que tomemos, ella se realiza en los postulados del Contrato Social. A este nivel debe reconocerse que el Contrato Social reviste un carácter esencialmente democrático. El poder político es fundamentado, estructurado y ejercido en función del poder del cuerpo político, del "pueblo" en sentido auténtico.

La democracia se presenta en occidente indisolublemente unida a la idea de libertad, como un sistema de organizar el poder en función de la libertad política. De la libertad y dignidad del hombre reconocidas y hechas realidad en el orden de la convivencia política. La libertad humana fundamental —disposición de sí mismo, elección entre las diversas posibilidades, responsabilidad en la realización de su propia persona y destino—, pertenece a la esencia del ser del hombre. La democracia se presenta como doctrina y técnica política capaz de conciliar la realización de esta libertad fundamental con las exigencias de la vida en convivencia e incluye la libertad como factor esencial en las relaciones poder-obediencia y gobernantes-gobernados. A este nivel las doctrinas del Contrato Social no salvan las exigencias mínimas de la libertad y no pueden ser llamadas democráticas. La libertad y los derechos naturales del hombre quedan destruidos por su "enajenación total" en la voluntad general. La zona de autonomía que para ejercicio de

su actividad y realización de su persona queda reservada a cada miembro del cuerpo social no está dada por el equilibrio entre la dignidad personal y las exigencias del bien común, sino es atribuida arbitrariamente por la voluntad general interpretada por la mayoría. A cambio de la libertad natural el hombre recibe por el pacto social una libertad civil, que no es sino una libertad-participación, una capacidad de concurrir a la formación y al control del poder político. Confunde, diría Montesquieu, "poder del pueblo, con libertad del pueblo".

La democracia se presenta además en nuestros días como contrapuesta al poder dictatorial y totalitario destructor de la libertad y dignidad humana. Para occidente, más que un mero sistema político, democracia significa una concepción de vida, una forma de concebir la convivencia social en función del valor de la persona, una realización práctica de su vocación de hombres. Como tal, exige un respeto absoluto de la dignidad de la persona y de sus derechos fundamentales que se traduce en el respeto a las minorías, en la salvaguarda irrenunciable de las libertades personales y sociales fundamentales, en el rechazo del poder arbitrario y dictatorial. A este nivel las posiciones roussonianas no pueden reclamar para sí el título de democráticas. El Contrato Social atribuye al cuerpo político una soberanía sin límites ni medida, los derechos naturales quedan destruidos, la libertad y dignidad humana nada significan ante ella. El poder soberano del pueblo se manifiesta como poder absoluto de las mayorías (intérpretes de la voluntad general. Los derechos políticos y civiles de las minorías quedan anulados en nombre del pueblo. La historia nos ha

enseñado hasta qué punto pueden ser arbitrarias y despóticas las mayorías, y cómo bajo formas políticas democráticas y en nombre del pueblo, pueden establecerse verdaderos totalitarismos que han superado lo santiguos despotismos monárquicos.

Resumiendo: si por democracia entendemos una mera técnica de atribuir el poder al pueblo dándole capacidad de participación y control de la función gubernamental, no puede negarse este carácter a las doctrinas políticas del Contrato. Si por democracia entendemos un sistema de convivencia político, organizado en base a la libertad y dignidad humana y, como tal, contrapuesta al poder despótico y arbitrario, Rousseau es decididamente antidemocrático y su sistema conduce al poder totalitario ejercido en nombre del pueblo o de la mayoría.

La raíz de su error reside en haber atribuido al poder supremo de la sociedad una soberanía sin límites, en haber trasladado el poder absoluto de los monarcas a un nuevo titular: la asamblea del pueblo. Creyó Rousseau que con este traslado de titularidad se creaba una garantía de buen uso del poder y se protegía la libertad. Hasta dónde se equivocó, la historia nos lo ha enseñado. Como explicación a su error sírvanos, que si conocía los despotismos monárquicos, no conocía los despotismos en nombre del pueblo. Y que la soberanía sin límites no fue de invención roussoniana, sino que él la encontró vigente en su medio histórico. La limitación del poder por su propia naturaleza y la resistibilidad al poder absoluto fueron siempre principios de la filosofía política católica que perdieron vigencia con la ruptura de la unidad cristiana. ♦